

Una fórmula immortalizadora: 'dum' ... 'mientras' ('en tanto que')...

ANTONIO RAMAJO CAÑO

RESUMEN

La fórmula sintáctica que estudiamos tuvo gran vigencia entre los poetas latinos. La heredan los neolatinos, y los españoles, en su lengua romance, la cultivan hasta las mismas fronteras del presente. Con la fórmula se pretende resaltar enfáticamente la inmortalidad de una persona o del trabajo poético, sobre todo. Pero caben otros contenidos que se anotan en el estudio. Tal cauce de expresión temporal no es sino un modesto elemento de la *imitatio*.

Palabras clave: dum, mientras, en tanto que, poesía latina, poesía neolatina, poesía española, imitatio.

ABSTRACT

The syntactic formula that we study was highly prevalent among the Latin poets. The Neo-Latin poets inherited it, and the Spanish, in their Romance language, cultivated it up until the very threshold of the present. This formula seeks to emphatically highlight the immortality of a person, or above all, of a poetic work. There are, however, other contents, which are noted in the study. This channel of temporal expression is no more than a modest element of the *imitatio*.

Key Words: dum, mientras, en tanto que, Latin Poetry, Neo-Latin Poetry, Spanish Poetry, imitatio.

De la fórmula con *dum* y un verbo en futuro o en un presente de similar valor se sirvieron los poetas latinos para cantar, sobre todo, la inmortalidad, sea de su propia poesía, sea de alguna persona, enaltecida en tales versos. Pero el tópico se cubrió de otras acepciones todas ellas con la sustancia común de indicar la permanencia. El poeta puede, así, referirse a la perviviencia de sentimientos

o incluso de quehaceres intelectuales. Las distintas variaciones se comprobarán en las líneas siguientes.

Tal proposición sintáctica, en verdad, tuvo éxito, como que figura en la poliantea famosísima de Ravisius Textor, donde refrescarían la memoria poetas que bebían en el manantial clásico¹.

Señalemos ya algunos hitos de esa tradición.

La bucólica V de Virgilio utiliza el procedimiento para resaltar la inmortalidad de Dafnis²: «*Dum iuga montis aper, fluvios dum piscis amabit,/ dumque thymo pascentur apes, dum rore cicadae,/ semper honos nomenque tuum laudesque manebunt*» (vv. 76-78: 'Mientras el jabalí guste de las cimas montañosas, mientras el pez guste de las aguas, mientras las abejas y cigarras del tomillo se sustenten, siempre tu honor y tu nombre y tus glorias permanecerán').

Virgilio se sirve en la *Eneida*, I, 607-610, de tal fórmula. Eneas se dirige a Dido, agradecido por su recibimiento: «*In freta dum fluvii current, dum montibus umbrae/ lutrabunt convexa, polus dum sidera pascet,/ semper honos nomenque tuum laudesque manebunt*» ('Mientras los ríos corran hasta el mar, mientras las sombras avancen por los pliegues de las montañas, mientras el cielo sustente a las estrellas, siempre tu honor y tu nombre y tus glorias permanecerán'³).

De nuevo, Eneas habla con Dido, pero ahora en situación muy diferente: intenta justificarse de su partida de Cartago. El recuerdo de la reina siempre permanecerá en el espíritu del héroe: «*nec me meminisse pigebit Elissae,/ dum memor ipse mei, dum spiritus hos regit artus*» (IV, 335-336: 'no me avergonzaré de recordar a Elisa, mientras me acuerde de mí mismo, mientras mi corazón gobierne estos miembros')⁴.

En *Eneida*, IX, 446-449, el poeta canta la gloria futura de Niso y Euríalo, basada en las hazañas que han conseguido en la lucha contra los Rútulos, y en

¹ Cf. «*Descriptio longi temporis, qua diu aliquid futurum significamus*», *Officinae Ioannis Ravii Textoris epitome* (Lugduni: apud A. Gryphium, 1593), pp. 394-396.

² Para versos immortalizadores virgilianos, cf. M.^a Rosa Lida: *La idea de la Fama en la Edad Media castellana*, reimpr. (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1983), pp. 35-44.

³ Cf. la traducción de Cristóbal de Mesa: «*mientras amare el jabalí los sotos,/ y el pece el agua del corriente río:/ y busca los tomillos más remotos/ la abeja, o las cigarras del rocío/ se sustenten, tu nombre y tus loores,/ y tu honor vivirá entre los pastores*» (*Las Églogas y Geórgicas de Virgilio, y Rimas y el Pompeyo tragedia*, Madrid: Juan de la Cuesta 1618, fol. 15v.^o).

⁴ Es opinión extendida ver aquí una huella de Homero, *Ilíada*, IX, 609-610: dice Aquiles: 'seré honrado en las cóncavas naves mientras [traducción de la preposición *eis*] la respiración no falte a mi pecho...' (trad. de Luis Segalá y Estalella, 8.^a ed., Austral, 1207 (Madrid: 1968). Pero en el texto griego no se encuentra la equivalente anáfora del *dum* virgiliano, tan frecuente en este poeta latino. En el misterioso Teognis brota la fórmula ya muy cercana a la manera virgiliana: el poeta promete a Cirno la inmortalidad gracias a sus versos: «*pues serás materia de cantos para todos los que las aman [a las Musas] —incluso para los venideros (...), mientras [óphra] existan la tierra y el sol*» (*Elegías*, vv. 251-252: trad. de F. Rodríguez Agradados, en *Líricos griegos. Elegíacos y yambógrafos arcaicos*, Barcelona: Alma Mater, 1959, vol. II, p. 186). Cf. E. R. Curtius: *Literatura europea y Edad Media latina*, trad. de M. Frenk y A. Alatorre, 2.^a reimpr. (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1976), vol. II, p. 669.

la amistad perfecta que les ha unido: «Fortunati ambo! si quid mea carmina possunt,/ nulla dies unquam memori vos eximet aevo,/ *dum* domus Aenae Capitoli immobile saxum/ accolet imperiumque pater Romanus habebit» ('¡Dichosos ambos! Si algo pueden mis versos, ningún día os borrará de la memoria del tiempo, mientras la casa de Eneas habite la inmóvil roca del Capitolio y el padre Romano conserve su imperio')⁵.

Los versos virgilianos dejaron huellas en los epitafios sepulcrales. Así, en uno del siglo v: «*Dum* fretum Hesperios inter Siculosque relabans/ miscebit tortis aequora gurgitibus,/ semper honos nomenque tuum laudesque manebunt» ('Mientras el mar que roza las costas hesperias y sículas mezcle su planicie con torbellinos agitados, siempre tu honor, tu nombre y tu gloria permanecerán')⁶.

Horacio cierra el tercer libro de sus *Odas* con la afirmación orgullosa de su inmortalidad literaria: «...usque ego postera/ crescram laude recens,/ *dum* Capitolium/ scandet cum tacita virgine pontifex» (III, xxx, 7-9: 'creceré sin fin, joven en la alabanza venidera, mientras el pontífice suba al Capitolio con la doncella silenciosa').

También en los *Epodos* aparece la conjunción temporal, pero ahora en contexto menos solemne. La perjura Neera había prometido fidelidad amorosa al poeta: «*dum* pecori lupus et nautis infestus Orion/ turbaret hibernum mare,/ intonsosque agitare Apollinis aura capillos,/ fore hunc amorem mutuum» (XV, 7-10: 'mientras el lobo perturbe los ganados, y Orión, funesto para los marinos, agite el mar, en los inviernos, mientras el viento mueva los cabellos intonsos de Apolo, [jurabas] que palpitaría nuestro amor'). Pero se comportará Neera como las protagonistas de la poesía elegíaca: volubles una y otra vez.

Ovidio canta la inmortalidad de la poesía: «Vivet Maeonides [Homero], Tenedos *dum* stabit et Ide,/ *dum* rapidas Simois in mare volvet aquas./ Vivet et Ascraeus [Hesíodo], *dum* mustis uva tumebit,/ *dum* cadet incurva falce resecta Ceres./ (...) *Dum* fallax servus, durus pater, inproba lena/ vivent et meretrix blanda, Menandros erit» (*Amores*, I, xv, 9-18: 'Vivirá el poeta de Meonia mientras Tenedos y el Ida existan, mientras las aguas del Simois corran hasta la mar. Vivirá el vate de Ascreo mientras el mosto redondee la uva, mientras la espiga de Ceres caiga cortada por la corva hoz (...). Mientras el siervo falaz, el rígido padre, la alcahueta pérfida, la meretriz lasciva vivan, vivirá Menandro').

En *Tristia*, Ovidio se sirve con más frecuencia de tal formulación sintáctica. En ocasiones, para resaltar la inmortalidad de su propia obra: «me tamen extincto fama superstes erit,/ *dum*que suis victrix septem de montibus orbem/ prospiciet domitum Martia Roma, legar» (III, vii, 50-52: 'cuando ya haya

⁵ Sannazaro aplica el sintagma de *Fortunati ambo* al buey y al asno, que cuidan del niño Jesús, a los que promete immortalizar (cf. *De partu Virginis*, lib. II, en *Opera omnia latine scripta*, Venecia: Francisco de Franciscis Senensem, 1593, fols. 79v.^o-80).

⁶ Texto en *Anthologia latina. III/3: Carmina latina epigraphica*, ed. de F. Buecheler (1.^a ed.: 1926), rev. de E. Lommatzsch (Stuttgart: Teubner, 1982), p. 72. Para más información sobre el influjo virgiliano en los epitafios sepulcrales latinos, cf. el vol. II/2, p. 825 de la misma obra.

muerto, sin embargo, la fama me sobrevivirá, y, mientras Roma, hija de Marte, pueda contemplar vencedora desde sus siete colinas el mundo conquistado, tendré lectores'); en ocasiones, para significar la inmortalidad de la esposa: «*dumque* legar, *mecum pariter tua fama legetur./ nec potes in maestos omnis abire rogos*» (V, xiv, 5-6: 'mientras me lean, a la par, se leerá tu nombre, famoso como el mío, y no podrás descender, toda, hasta la pira lacrimosa')⁷. No faltará la promesa de afecto inmarcesible al amigo, raro, que le fue fiel: «*dumque* —quod o breve sit!— *lumen vitale videbo./ serviet officio spiritus iste tuo*» (V, ix, 37-38: 'mientras vea la luz de la vida —¡que sea bien breve!—, su aliento se aplicará en tu servicio').

Tibulo surca de nuevo el camino del tópico: la poesía sirve para immortalizar al sujeto de los versos: «*Quem referent Musae, vivet, dum roborat tellus./ dum caelum stellas./ dum vehet amnis aquas*» (*Elegías*, I, ix, 65-66: 'Ese a quien cantan las musas vivirá, mientras la tierra tenga árboles, y el cielo estrellas; mientras el río conduzca sus aguas').

Séneca presenta en hipérbole la cólera de Medea: «*Dum terra coelum media libratum feret./ nitidusque certas mundus evolvit vices./ numerusque arenis derit, et solem dies./ noctem sequentur astra; dum siccus polus/ versabit Arctos, flumina in pontum cadent./ numquam meus cessabit in poenas furor, crescetque semper*» (acto III, vv. 401-407: 'Mientras la tierra, fija en medio, guarde/ del cielo el equilibrio,/ y el mundo sideral siga girando/ según leyes exactas,/ y carezca de número la arena,/ y alumbre el sol al día,/ y brillen por la noche las estrellas;/ mientras en torno al polo/ den vueltas sin mojarse las dos Osas,/ y los ríos desagüen en los mares,/ no ha de cesar mi pecho enfurecido/ de anhelar la venganza,/ y siempre irá en aumento este deseo'⁸).

Lucano canta la inmortalidad de Julio César y su propia obra literaria: «*quantum Zmyrnaei durabunt vatis honores./ venturi me teque legent; Pharsalia nostra/ vivet, et a nullo tenebris damnabimur aevo*» (IX, 984-986: 'cuanto la gloria del vate de Esmirna [Homero] dure, a ti y a mí nos leerán los hombres del futuro; nuestra *Farsalia* vivirá, y ninguna edad nos envolverá en tinieblas')⁹.

La fórmula estudiada se prolongará por los siglos siguientes. Los poetas neolatinos de diversas nacionalidades se encauzarán en tal marco sintáctico.

Petrarca, por ejemplo, habla de la inmortalidad de Galatea, es decir, de Laura, con ecos virgilianos: «*Tum nostro, Galathea, tuum de pectore nomen/ exhibit, fugient propriis dum sedibus astra./ mellis apes studium linquent, nidosque columbe./ coniugium turtur, predam lupus, arbusta capre./ custodita dolos mu-*

⁷ En otra ocasión, canta la inmortalidad de la esposa con una variante en la fórmula: «*quantumcumque tamen praeconia nostra valebunt./ carminibus vives tempus in omne meis*» (I, vi, 35-36: 'sin embargo, en cuanto nuestros cantos tengan fuerza, vivirás todo el tiempo en mis versos').

⁸ La traducción pertenece a V. García Yebra, tomada de su edición bilingüe, 2.^a ed. corr. (Madrid: Gredos, 1982), pp. 72-73.

⁹ Cf. E. R. Curtius, II, p. 669.

liler, mendacia servus» (*Bucolicum carmen*, XI, 98-102¹⁰: 'Tu nombre, Galatea, de nuestro pecho sólo saldrá, cuando las estrellas huyan de sus propios asientos; las abejas abandonen el trabajo de la miel; las palomas, los nidos; la tórtola, al esposo; el lobo, a su presa; las cabras, a los arbolillos; la mujer encerrada, sus estratagemas; el siervo, los embustes'). Utiliza la fórmula en sentido negativo: tal ser subsistirá siempre que no deje de existir otro.

La proposición sintáctica brota, ocasionalmente, para expresar mensajes nada nobles ni relacionados con su empleo inicial. Así, Boccaccio en su égloga «Olympia» presenta a un amo que comprueba cómo los siervos jamás obedecen sin protestar: «...*dum* primos terris praestabit Hiberus/ nocturnos ignes, currus *dum* Delia fratris/ ducet ad occasum, *dum* sternet cerva leones./ obsequium praestabit ero sine murmure servus» (vv. 12-15: 'cuando el Ebro ofrezca a las tierras los primeros fuegos nocturnos, cuando la luna, hija de Delos, conduzca los carros de su hermano hacia el ocaso, cuando la cierva derribe a los leones, el siervo servirá a su dueño sin murmurar')¹¹. El italiano reelabora la figura de los *adynata* o *impossibilia*.

Policiano en una de sus *Silvas*, en *Manto* (vv. 339-345), se inspira en los citados versos del libro I de la *Eneida*: «...*dum*que in tacito vaga sidera mundo/ Fulgebunt, *dum* sol nigris orietur ab Indis./ Praevia luciferis aderit dum curribus Eos./ *Dum* ver tristis hyems, autumnum proferet aestas./ Semper erit magni decus immortale Maronis» ('mientras en el callado firmamento alumbren los astros errantes, mientras el sol salga por las tierras de los negros indios, mientras la Aurora abra el camino con sus carros de luz, mientras el triste invierno traiga la primavera, y el verano el otoño, siempre pervivirá la gloria eterna de Marón')¹². Nada tiene de particular tal imitación, por cuanto la obra del humanista pretendía justamente ensalzar al poeta de Mantua.

El poeta neolatino Niccolò d' Arco (1479-1546) se sirve de la fórmula en términos modestos: su madre vivirá en cuanto él viva: «*dum* vivam, oblivio nulla./ nulla dies memori servatam pectore vellet» (vv. 83-84: 'mientras yo viva, ningún olvido, ningún día te borrará, guardada en la memoria de mi corazón')¹³.

El conocido poeta holandés Juan Segundo (1511-1536), en sus *Basia* (1539), canta justamente la inmortalidad de los besos: «En ego sum, vestri quo vate canentur honores./ nota Medusaei *dum* iuga montis erunt./ et memor Ae-

¹⁰ Vid. Petrarca, *Poesie latine*, ed. de G. Martellotti y E. Bianchi (Turín: Einaudi, 1976), p. 210 (respetamos la ortografía del humanista).

¹¹ Cf. *Renaissance Latin Verse*, ed. de A. Perosa y J. Sparrow (Londres: Duckworth, 1979), p. 14.

¹² Poliziano, en su obra latina, fue leído en la Universidad de Salamanca casi como un clásico de la antigua Roma. El Brocense nos dejó sus *Angeli Politiani Sylvae... Poema quidem obscurum, sed (...) scholiis illustratum* (Salamanca: Andrea a Portonariis, 1554). Véase el ejemplar de la Biblioteca Universitaria de Salamanca, 35343. Cf. Antonio Ramajo, «Notas sobre la recepción del Poliziano latino en España: una 'monodia' del catedrático salmantino Blas López», *Criticón*, 55 (1992), pp. 41-52, donde se encontrará alguna bibliografía sobre ediciones de la obra del humanista italiano.

¹³ «Naenia de morte matris», en *Renaissance Latin Verse*, p. 217.

neadum, stirpisque disertus amatae,/ mollia Romulidum verba loquetur Amor» (I, i, 23-26: 'Aquí estoy para cantar, poeta, vuestras glorias, mientras sean famosas las cimas de los montes de Medusa [cordillera del Atlas], y mientras el elocuente Amor, recordador de los Enéadas y de la amada estirpe, hable en las dulces palabras de los hijos de Rómulo')¹⁴.

El polaco Jan Kochanowski (Ioannes Cochranovius: 1530-1584) se inflama cantando las glorias de Italia: «*dum*que recurrentes volvet sol igneus annos,/ plenus Romani nominis orbis erit» (vv. 60-61: 'mientras el ígneo sol complete, en sus vueltas, los años, el mundo entero se llenará del nombre romano')¹⁵.

En el barroco español, el catedrático salmantino Antonio Álvarez canta la gloria eterna, en su sentir, de la Universidad de Salamanca: 'nomenque manebit,/ *dum* fluvii in pelagum current; *dum* sidera olimpum/ pingent; *dum* flores campos; *dum* penna volucrum/ aethera trannabit (...); *dum* praesens durabit machina mundi» (*Laurus salmantinus in Barcinonis reductione... sub Philippo III*)¹⁶: 'tu nombre permanecerá, mientras corran los ríos hasta el mar, mientras las estrellas tachonen los cielos, mientras las flores esmalten los campos, mientras las alas de las aves surquen nadadoras los aires, mientras dure la actual máquina del mundo').

Ese mismo oscuro humanista reelabora la fórmula, convertida en un *prius... quam*, contaminada con la figura de los *adynata* o *impossibilia*, en una *Repetitio* titulada «Daphnis obitus et coronatio Menalcae», en que canta la inmortalidad del Brocense, escondido bajo el nombre pastoril de Dafnis, y la continuación del magisterio en la figura del humanista Diego López: «...prius pisces fontes et flumina linquent,/ litora deficient pelago,/ nive candida Thrace/ ante carebit, oves laniabunt ante leones,/ quam Daphnis nostro labatur pectore vultus» ('antes los peces abandonarán fuentes y ríos, las orillas carecerán de mar, antes la Tracia se verá privada de blanca nieve, antes las ovejas despedazarán a los leones, que el rostro de Dafnis se difumine en nuestro pecho')¹⁷.

La poesía en lengua vulgar camina a la par que la neolatina, y se sirve de idénticas fórmulas.

Garcilaso de la Vega vislumbra una posteridad en la que don Bernaldino de Toledo, hermano fallecido de don Fernando, duque de Alba, resonará en los versos: «yo te prometo, amigo, que *entretanto*/ queel sol al mundo alumbre y que la oscura/ noche cubra la tierra con su manto,/ y *en tanto que* los peces la

¹⁴ Cf. la ed. de Olga Gete Carpio (Barcelona: Bosch, 1979), p. 87.

¹⁵ Cf. *Renaissance Latin Verse*, p. 553.

¹⁶ Es obra publicada en Salamanca: ap. Didacum a Cossío, 1653. Cf. pp. 29-30. Se trata de un libro raro: Biblioteca Universitaria de Salamanca, 1/35157, y Biblioteca Nacional de Madrid, 3/55252: cf. A. Ramajo, «Un círculo de discípulos del Brocense», en *Estudios filológicos en homenaje a Eugenio de Bustos Tovar* (Salamanca: Universidad, 1993), vol. II, p. 788.

¹⁷ Puede verse el texto en Marqués de Morante: *Catalogus librorum doctoris Joaquín Gómez de la Cortina* (Madrid: Eusebio Aguado, 1855), vol. V, pp. 796-808 (la cita se encuentra en la p. 801, sin numerar los versos). Para el transfondo de la égloga, cf. A. Ramajo, «Un círculo...»

hondura/ húmida habitarán del mar profundo/ y las fieras del monte la espesura,/ se cantará de ti por todo el mundo» (elegía I, vv. 297-304)¹⁸.

Fernando de Herrera, en una égloga, canta el amor inmarcesible a la amada: «*En tanto que* la vid ciña hermosa/ el olmo espeso¹⁹, y que levante el pino/ su corona extendida en la ribera/ de Betis, siempre te amaré contino» (vv. 43-46)²⁰.

El mismo poeta, en la égloga «Salicio», asegura la gloria inmortal de Garcilaso de la Vega: «*En tanto qu'* en el monte levantado/ el jabalí espumoso tenga asiento,/ y cayere'l rocío al verde prado,/ en todo el pastoral ayuntamiento/ será tu nombre eterno...» (vv. 205-209)²¹.

En la égloga que comienza «Éste es el fresco puesto, ésta la fuente», Herrera ensalza a dos pastores, Albano y Leucotea, es decir, a los condes de Gelves: «...*en tanto* aquel rocío/ ame la abeja, el bosque alto y sombrío/ el jabalí, los cisnes la onda fría,/ sois ambos amor mío» (vv. 262-265)²².

Delfis se lamenta por la muerte de la pastora Amarilis en otra égloga herreriana: «¡O hermosa Amarilis, mayor parte/ de mi alma!, no habrá jamás olvido/ que pueda de mi pecho enamorado/ borrarte, ni aun habiendo fenecido/ la vida, y siempre duraré en amarte./ *Mientras* el tomillo verde, su cuidado,/ la abeja hobiere amado,/ la cigarra, el rocío,/ serás tú dolor mío» (vv. 57-64)²³.

En la elegía IX, en *Versos de Fernando de Herrera* (1619), el poeta manifiesta su suerte adversa unida a un amor que no puede dejar de cantar: «*En tanto que* mi suerte aborrecida/ m' aqueja, cantaré desamparado/ mi presente fortuna y la pérdida,/ de todas esperanzas apartado» (vv. 178-181)²⁴.

Barahona de Soto, *Égloga* II, 289-296, sigue la senda tópica para asegurar la permanencia del amor: «*En tanto que* habitare las montañas/ el jabalí, y que

¹⁸ Cf. la nota de Morros, en su edición de la *Obra poética* de Garcilaso (Barcelona: Crítica, 1995), p. 105. El editor, siguiendo al Brocense, ve aquí un eco de Sannazaro, *Arcadia*, III, 66-67: «*Mentri per questi monti/ andran le fiere errando*» (cf. *Obra poética*, p. 447). Pero téngase presente, sobre todo, el buen trabajo de Rosa Navarro Durán; «'Entretanto/ que el sol al mundo alumbre...', una hipérbole fosilizada», *Bulletin Hispanique*, 85 (1983), pp. 5-19. Por otro lado, compruébese el intercambio de motivos literarios entre églogas y elegías. Cf., simplemente, Juan Montero, «Sobre las relaciones entre la elegía y la égloga en la poesía del s. XVI», en el vol. *La elegía*, ed. de B. López Bueno (Grupo PASO) (Sevilla-Córdoba: 1996), pp. 215-225.

¹⁹ Cf. Aurora Egido, «Variaciones sobre la vid y el olmo en la poesía de Quevedo: 'amor constante más allá de la muerte'», en *Academia Literaria Renacentista, II. Homenaje a Quevedo* (Salamanca: Universidad, 1982), pp. 213-232. Reimpr. en *Fronteras de la poesía en el Barroco* (Barcelona: Crítica, 1990), pp. 216-240.

²⁰ Cf. *Poesía castellana original completa*, ed. de C. Cuevas (Madrid: Cátedra, 1985), p. 234. El editor atribuye la égloga a Cristóbal Mosquera de Figueroa, quien promete amor eterno a *Cintia*.

²¹ Cf. *Poesía castellana*, p. 224. Cf. V. Cristóbal, en su edición de Virgilio, *Bucólicas* (Madrid: Cátedra, 1996), p. 165.

²² Cf. *Poesía castellana*, p. 232. Cf. M.^a Teresa Ruestes Sisó: *Las églogas de Fernando de Herrera. Fuentes y temas* (Barcelona: PPU, 1989), p. 87.

²³ Cf. *Poesía castellana*, p. 302. Es la égloga que comienza: «A la muerta Amarilis lamentaba». Cf. M.^a T. Ruestes, pp. 152-153. Cf. V. Cristóbal, p. 165.

²⁴ Cf. *Poesía castellana*, p. 715.

el pez, de escamas lleno,/ humedeciére alegre sus entrañas/ con la agua dulce,
sin pulmón su seno,/ y aunque el tiempo lo tenga ya deshecho,/ ha de vivir tu
imagen en mi pecho...»²⁵

Juan de Arguijo insufla al tópico un aliento a lo divino. En su «Canción» [a san Jacinto] muestra la inmortalidad del culto al santo en las tierras de España: «*mientras* el sol con encendido lustre/ por el término luengo en que se espacia/ diere luz y color diere a las cosas,/ tu frente con las rosas/ y tu altar con olores/ de Arabia los mejores,/ ornará con devoto afecto puro,/ merecedor de tu favor seguro,/ España» (vv. 43-51)²⁶.

Francisco de la Torre se sirve del esquema en la égloga II para cantar la eternidad del amor a Filis: «*Mientras* diere su luz el Sol al día;/ *mientras* siguiere su camino el cielo,/ su curso el río, el Sol a la mañana;/ *mientras* fuere mortal el bien del suelo (...)/ la beldad soberana (...)/ en la alma estará fijada eterna» (vv. 105-114)²⁷. Idéntica función cumple en la égloga VIII: exaltación de Filida: «*mientras* el reluciente dios dorado/ siguiere su camino,/ la clara luz del día noche oscura,/ sola serás continuo/ amada, en pena y gloria y desventura» (vv. 201-205)²⁸.

Lope de Vega estructura el soneto 131 de las *Rimas* con la fórmula temporal estudiada para cantar la inmortalidad del Duque de Béjar: «*En tanto que* deshace el claro Apolo/ de la sierra de Béjar la alta cumbre (...); y *mientras* sobre el oro de Pactolo/ su líquido cristal Tormes encumbre (...)/ vuestro nombre con letras de diamante/ pondrá la fama en su dorado alcázar» (nótese la *variatio*: «*En tanto que*»/ «*mientras*»)²⁹.

En el poema que Juan de Jáuregui compuso para ilustrar el retrato que Francisco Pacheco pintó de Arias Montano, se lee, con leve alteración de la fórmula: «Vivirás, ¡oh Montano!, *en cuanto* el labio/ humano explique voz, y en coro alterno/ viva de Palas ínclita lo sabio,/ de la sacra página lo eterno» (vv. 25-28)³⁰.

El esquema brota por doquier. En los finales del siglo XVIII, un anónimo dedica un soneto a la memoria del fabulista Tomás de Iriarte; y, ya sin los adornos virgilianos, presenta al Tiempo recordando a la Envidia: «Pues *mientras* haya Historia que lo cuente,/ y el orbe literario haga justicia,/ Tú la envidia serás, y él será *Iriarte*» (vv. 12-14)³¹.

Nada tiene de extraño encontrar la fórmula en el muy clásico poeta dieciochesco Alberto Lista. Con ligera variante canta la fama de Meléndez Valdés muerto: «Y *en cuanto* embravecido,/ la Hiberia ciña el piélago de Tetis,/ serás, libre de olvido,/ árbitro de la lira soberano,/ y nuevo Apolo del Parnaso hispa-

²⁵ Citamos por V. Cristóbal, p. 165.

²⁶ Cf. *Obra poética*, ed. de Stanko B. Vranich (Madrid: Castalia, 1971), pp. 194-195.

²⁷ Cf. *Poesía completa*, ed. de M.ª Luisa Cerrón Puga (Madrid: Cátedra, 1984), p. 233.

²⁸ Cf. *Poesía completa*, p. 285.

²⁹ Cf. *Obras poéticas*, ed. de J. M. Bleuca (Barcelona: Planeta, 1983), p. 101.

³⁰ Cf. *Poesía*, ed. de Juan Matas Caballero (Madrid: Cátedra, 1993), p. 522.

³¹ En *Poetas líricos del siglo XVIII*, ed. de Leopoldo Augusto de Cueto (Biblioteca de Autores Españoles, 63), reimpr. (1.ª ed.: 1869-1875) (Madrid: Atlas, 1952), vol. II, p. 2.

no»³². En otro poema, torna a ensalzar al vate: «Y vivirá *mientras* al mar del ocaso/ los españoles ríos/ vuelquen las ondas que halagó su acento...»³³

En otra ocasión, don Alberto imagina «la gloria de los hombres benéficos»: «Y *mientras* Delio acabe/ su perpetua carrera/ del mar de Iberia en las espumas frías,/ vuestra gloria inmortal dirán los días/ a la edad venidera»³⁴.

Bécquer, *Rimas*, IV, ha reflejado la inmortalidad de la poesía. El poema parece extraordinariamente nuevo. Pero allí figura otra vez el esquema que tantas veces hemos recogido en este trabajo. Acaso el poeta sevillano no llegó directamente a los hontanares de la poesía latina. Pero se dejaba conducir por un camino surcado con frecuencia por sus antecesores, los autores españoles: «*Mientras* las ondas de la luz al beso/ palpiten encendidas,/ *mientras* el sol las desgarradas nubes/ de fuego y oro vista,/ *mientras* el aire en su regazo lleve/ perfumes y armonías,/ *mientras* haya en el mundo primavera,/ ¡habrá poesía! (...)» (vv. 5-12)³⁵.

Rubén Darío, en «Al rey Oscar», vv. 36-40, *Cantos de vida y esperanza*³⁶, reelabora el tópico para soñar con la inmortalidad de España: «*Mientras* el mundo aliente, *mientras* la esfera gire,/ *mientras* la onda cordial aliente un ensueño,/ *mientras* haya una viva pasión, un noble empeño,/ un buscado imposible, una imposible hazaña,/ una América oculta que hallar, ¡vivirá España!»

Juan Ramón Jiménez insufla, en *Sonetos espirituales*, I, iii, un sesgo profundamente subjetivo al tópico: le espera un «vivir de bienaventuranza» (v. 5) siempre que la amada continúe iluminándole, aunque sea tenuamente: es clara la raíz neoplatónica del pensamiento juanramoniano: «*Mientras* la última luz de la esperanza/ alumbra débilmente mi camino,/ yo iré, sonriendo y fiel, a mi destino,/ contento, como un niño, de la andanza» (vv. 1-4)³⁷.

También en Luis Alberto de Cuenca parece escucharse el latido del esquema sintáctico citado. Nada tiene de extraño en un poeta empapado de saberes clásicos: «*Mientras* haya ciudades, iglesias y mercados,/ y traidores, y leyes injustas, y banderas;/ *mientras* los ríos sigan vertiendo su basura/ en el mar y los vientos soplen en las montañas;/ *mientras* caiga la nieve (...),/ yo te estaré queriendo, vida mía, en la sombra,/ *mientras* mi pecho aliente, *mientras* mi voz alcance/ la estela de tu fuga, *mientras* la despedida/ de este amor se prolongue por las calles del tiempo» («Julia», *El otro sueño*, 1987)³⁸. El poeta establece la

³² Cf. *Poetas líricos del siglo XVIII*, n.º X, vol. III, p. 290.

³³ Cf. *Poetas líricos*, n.º XI, vol. III, p. 290.

³⁴ Cf. *Poetas líricos*, n.º XVIII, vol. III, p. 310.

³⁵ Cf. *Rimas*, ed. de J. Carlos de Torres (Madrid: Castalia, 1974), p. 105.

³⁶ Cf. *Poesía*, ed. de E. Mejía Sánchez, Biblioteca Ayacucho (Caracas, 1977), p. 250.

³⁷ Cf. *Sonetos espirituales*, prólogo de A. W. Phillips (edición del Centenario, 12) (Madrid: Taurus, 1982), p. 66.

³⁸ Me veo obligado a citar por la excelente, por otro lado, *Antología de poesía española (1975-1995)*, ed. de J. Enrique Martínez (Castalia Didáctica, 43) (Madrid: 1997), pp. 80-81. El antólogo señala influencia becqueriana en este poema. Seguramente. Pero no falta el eco clásico de la fórmula estudiada en nuestro trabajo.

perennidad de su amor en función de la inmortalidad de determinados elementos objetivos, en una primera parte, y de elementos subjetivos, en una segunda. En esa primera parte, que se prolonga hasta «yo te estaré queriendo...», el poeta parece servirse de esa «enumeración caótica» que Spitzer había aplicado a la poesía de Salinas³⁹, con inclusión de elementos disonantes dentro de la tradición del tópico, elementos realistas que insuflan en el poema un toque de rebelión política e incluso ecológica («...traidores, y leyes injustas»; «su basura/ en el mar...»). Por otro lado, acaso los dos últimos versos presentan al amor como un sentimiento condenado al ocaso, pero que se mantiene trabajosamente, precariamente, en tanto que el amante se aferra a «la despedida» que pretende prolongar por «las calles del tiempo», como si también Luis Alberto de Cuenca pudiera preguntarse con Salinas —de nuevo el autor del 27⁴⁰—: «¿Serás, amor,/ un largo adiós que no se acaba?» (*Razón de amor*, vv. 54-55)⁴¹.

Sin duda, sería posible añadir otras muestras de tal cauce sintáctico. Pero bastan, nos parece, las expuestas para reparar en esta gotita dentro del gran océano de la *imitatio*. En verdad, la literatura es *texto*, 'tejido', que se va anudando en el largo devenir de la historia. Conviene no olvidar afirmación tan sencilla, para valorar con criterio la aportación de cada artista, quien, a la manera de Ariacna, teje en tensión, en *aemulatio*, si no con Diana, como aquélla, sí con el caudal literario que recibió del tiempo, en cuyo marco forzosa y personalmente el creador ha de volcar su espíritu. En literatura, al fin, hasta la sinceridad es artificio.

Universidad de Salamanca

³⁹ Cf. «El conceptismo interior de Pedro Salinas», *Revista Hispánica Moderna*, 7 (1941), pp. 33-69. Reimpr. en el libro *Lingüística e historia literaria*, 2.^a ed. (Madrid: Gredos, 1961), pp. 188-247.

⁴⁰ Luis Alberto de Cuenca ha expresado explícitamente su admiración por Salinas en *Las cien mejores poesías de la lengua castellana*, Austral, 422 (Madrid, 1998), p. 335, donde selecciona precisamente un poema de dicho autor en que figura la llamada «enumeración caótica», el que comienza «¡Si me llamaras, sí...!»

⁴¹ Cf. *La voz a ti debida. Razón de amor*, ed. de J. González Muela (Madrid: Castalia, 1969), p. 128.